

(“El Liberal”, Madrid, 21 julio 1922)

De actualidad

Entre la nación y el reino

Todo lo que está pasando, paladina y clandestinamente, atañedor a lo de la empresa de Marruecos, así como casi todo lo fatídico que pasa hoy en España, se debe al divorcio entre la nación y el reino. El reino quiere una cosa y la nación, o quiere otra, o lo que es más corriente, no quiere nada. Y el no querer es un modo de querer, la “noluntad” es una voluntad.

La nación, desde luego, no quiere, no ha querido nunca la conquista del Rif. Es una guerra que ni quiere ni puede hacer España, y España tiene el sentimiento de su fuerza; de los límites de ésta. Sabe hasta dónde puede llegar y de dónde no puede pasar.

Y como se la llevaba a la nación a una empresa belicosa que la nación repugnaba, y como se sabía que la repugnaba, los medianeros del reino, los encubridores de la irresponsabilidad constitucional, se han visto forzados a engañar a la nación. Jamás le han dicho la verdad, y menos cuando más alarde de sinceridad hacían. Así, por ejemplo, jamás han sabido explicarnos qué es esa martingala del protectorado civil. Porque ni ellos lo saben. Y el general Berenguer ha estado muy explícito al hablar de él.

Basta leer en los documentos que sobre la campaña del desastre se han publicado—los libros de F. Gómez Hidalgo y de Augusto Vivero—basta para convencerse de que se llevaba a las rastras, por seguir iniciativas del reino, una campaña que se sabía repulsiva a la nación. Había que conseguir los objetivos que el poder conquistador e imperialista señalaba; pero con las menos bajas posibles, a poder ser sin bajas. Y había siempre temor de sacar soldados de la Península. No se contaba con la paciencia del pueblo. Y así no se puede hacer guerra alguna.

Se alegaba que España tenía que cumplir en el Norte de Marruecos un mandato de las rapaces potencias europeas que firmaron la immoral acta de Algeciras, el hipócrita reparto del sultanato de Marruecos. Pues que a Marruecos se le había privado, sin ra-

zón alguna para ello, de su independencia, España tenía que participar de la rebatiña si no quería, a su vez, ver mermada su propia independencia. O entrábamos en la comandita de “proteger” a Marruecos, o acababan protegiéndonos. Esto se decía.

Pero hasta esto era un pretexto. Y todo ello, desde la histórica entrevista de Cartagena, un empeñado tesón del reino, el desquite de lo de 1898, el fregado de la Regencia. Que luego, y mirando ya a los Imperios Centrales—hoy, gracias a Dios, hechos polvo—, se convirtió en el ensueño de un vice-imperio ibérico. O ibérico-africano más bien. Primero, Portugal, y luego, a nombre de Portugal, había que vengar la rota de Alcazarquebir. Acaso el martirio del infante portugués D. Fernando, el de Tánger. Y Tánger aparecía algo así como Jerusalén a los cruzados.

Y mientras estas pesadillas abrumbaban a la imaginación calenturienta—hoy calenturas de anemia—del reino, la nación pensaba obscura y mudamente en otras cosas. Los brumosos ensueños de la nación eran otros. Eran ensueños en ayunas, de siesta congosa; pesadillas de terciaria.

No, señor, no; la nación no quería, no quiere, esas glorias. Porque la gloria no pasa a las veces de ser un deporte. O un campeonato. Y la nación no quiere campeones así.

¿Es que la nación no quiere vivir en la historia, no quiere vivir su historia? Es que la historia de la nación española no es, señor, la historia del reino de España. Es que desde hace más de un siglo nuestra historia es la lucha entre la nación y el reino. La guerra de la Independencia fué una guerra nacional y no del reino. El reino se había rendido abyectamente a Napoleón. Y las guerras de la Independencia de las colonias que en América tenía la corona de España fueron guerras contra el reino y no contra la nación española.

Desde Carlos I. el Habsburgo, el flamenco, el que abatió a los comuneros de Castilla, el reino ha estado sacándole a la nación de sus roderas.

Los Austrias con ensueños de Habsburgos, los Borbones con ensueños de Capetos. Y ni unos ni otros supieron redondear y remachar y enfurdir España pero aquí dentro, sin salir de ella. Quisieron calafatearla desde fuera. Cuando las grietas están dentro.

Ahora que hay que tener siempre el valor de los propios actos. Sólo así se es valiente. Y el último acto ha sido un fracaso; el más grande fracaso del reino. Porque el reino no ha convencido a la nación.

¡No; no, señor, no! El reino no es la conciencia de la nación más que un tumor canceroso lo sea del enfermo a quien aflige.

Concluidas estas líneas, acabamos de leer el extracto de la cantinela del general Berenguer en el Senado, y su reproche al Gobierno de que permitiese que se le acusara en el Supremo de Guerra mientras se le mantenía al frente de la campaña. ¿Quién le mantenía? ¿Por qué no se le relevó?

El que esto os dice, españoles, ha oído de labios de la persona que encarna el Poder llamado moderador, que sí, que hay que exigir todas las responsabilidades y que hay que exigírselas a todos, y que él mismo, quien así hablaba, está dispuesto a responder. Y como esto no puede ser un truco, ¿a qué venían las reales órdenes clandestinas de Cierva al general Picaso?

¡Justicia, señor, justicia! Y justicia para todos, absolutamente para todos. Y aquí el que no responda no es español.

MIQUEL DE UNAMUNO